

Mérida y sus modernidades: un modelo para armar

Luis Alfonso Ramírez Carrillo

Una ciudad es una entidad creada y transitada por humanos, no es sólo un espacio real sino simbólico, que además de su objetividad histórica se transforma en un centro de vida mítico que el paso de los siglos convierte, en el imaginario colectivo, en algo más que una creación humana y lo "naturaliza", lo vuelve parte de la naturaleza y del paisaje de sus habitantes, en algo que siempre estuvo allí. La ciudad imaginada se vuelve la ciudad real, pero la imaginación le confiere un carácter mítico, en el sentido de que un mito es la pérdida de la cualidad histórica de las cosas y de que en el mito las cosas pierden la memoria particular que alguna vez tuvieron y adquieren un significado colectivo.¹ Esta "naturalización" de las ciudades nos explica el fuerte interés emocional que genera su destino, sus usos y desusos. Queda bien resumido, por ejemplo, en las dos últimas frases de la *"fundación mítica de Buenos Aires"* de Jorge Luis Borges. "A mí se me hace cuento

*que empezó Buenos Aires/. La juzgo tan eterna como el agua y el aire"*².

Mérida participa de esta carga emotiva y mítica no sólo para los habitantes de la ciudad sino también, dada su cualidad de centro urbano regional, del resto de los habitantes del estado de Yucatán y de toda la península. Guardadas las diferencias, Mérida es para la península de Yucatán lo que Guadalajara para la región de occidente o Veracruz para la costa central del Golfo: una capital regional que va más allá no solo de las fronteras políticas sino de las espaciales que limitan al estado.

LA FUNDACIÓN: CENTRO SOBRE CENTRO

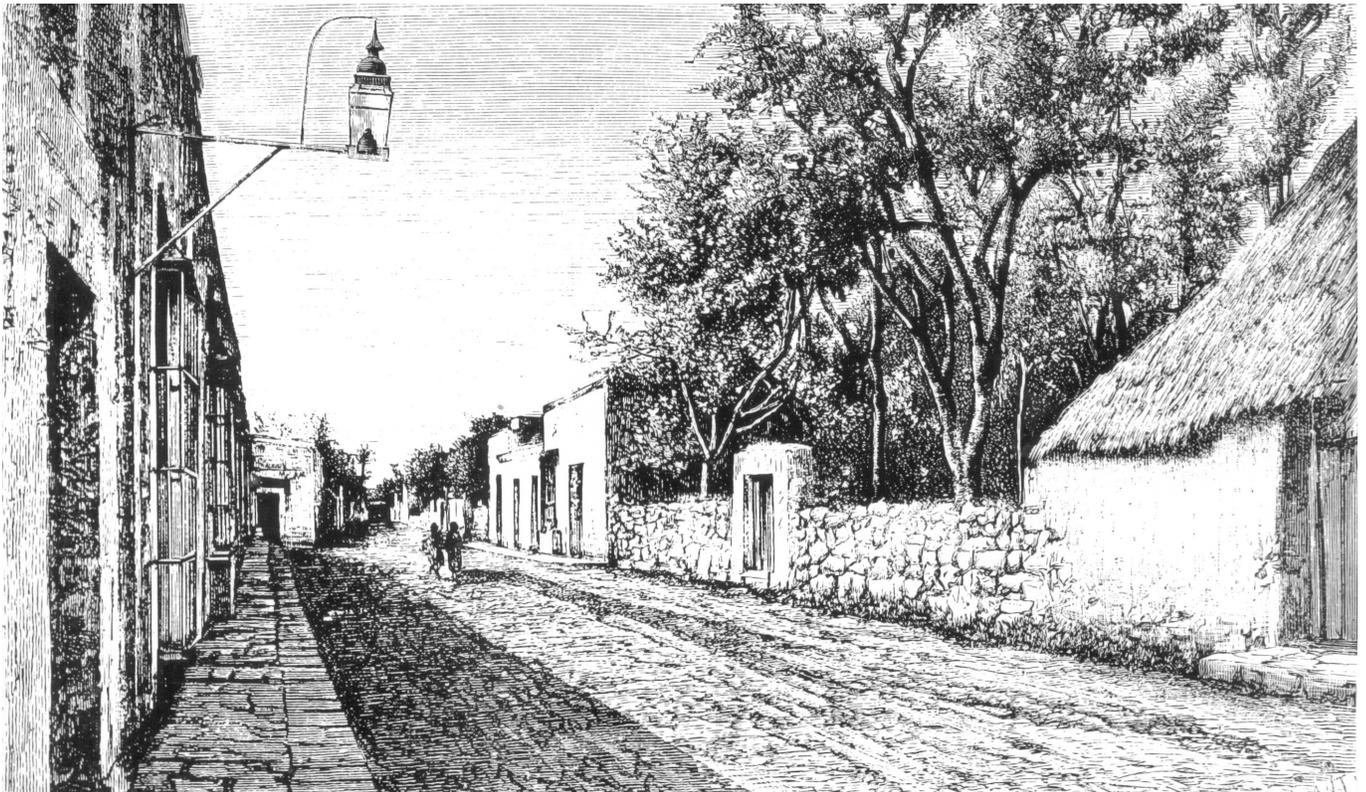
Sobre la ciudad maya de T'Hó o Ichcaanzihó, importante y extenso centro ceremonial del norte de la Península de Yucatán, habitado por más de dos milenios y a 36 kilómetros de la costa del Golfo de México, fundan los conquistadores españoles la ciudad de Mérida el 6 de enero de

1542. Las ciudades en sí, como obra humana, no se inician ni se crean, se manifiestan como un proceso socio espacial. Pero considerar el mestizaje maya e hispano, así como su antigüedad, son datos importantes para poder comprender la hondura de la importancia urbana de Mérida en la Península de Yucatán. Como parte de la política expansionista del imperio español se integró a una red de ciudades construidas para la conquista, colonización y evangelización de los territorios novohispanos. Sus vínculos históricos fueron los puertos de Campeche, Veracruz, La Habana, Cartagena de Indias, y todo el sistema portuario de las islas del mar Caribe. Su trazo fue en

cuadrícula con una manzana central de origen, como constaba en el pergamino donde el capitán Francisco de Montejo había dibujado su idea de ubicación y planeación formal de la ciudad y que presentó a una junta del primer cabildo el 29 de diciembre de 1542. Con este acto empezó la actual ciudad de Mérida.³

Durante los tres siglos que duró la colonia, Mérida mantuvo su cualidad de capital regional de toda la península de Yucatán y su influencia se extendía hasta parte de los territorios de Tabasco y el Petén guatemalteco. Aislada del centro de México guardó íntimo contacto con el Caribe y los puertos de España. La influencia de la lengua y la cultura maya han

Grabado de una calle de Mérida.
D. Charnay, 1870.
Archivo Ramírez Aznar.



sido fundamentales. Hasta 1900 el 90% de los habitantes de Yucatán y el 60% de los de Mérida se consideraban mayas, en el 2010 Yucatán tenía un 30.3% de hablantes de maya y un 62.7% de mayas por auto adscripción, en tanto Mérida un 9.8% de hablantes y un 42.7% de mayas por auto adscripción, su aislamiento del resto de México y su integración al mundo caribeño desarrollaron en Yucatán una impronta cultural propia que era visible en su capital, Mérida, que se irguió no solo como una capital regional, sino como la capital de una extensa región bicultural y bilingüe.⁴

Son los tres siglos de la colonia los que desarrollaron la ciudad, limitada al centro histórico que conocemos

actualmente. En ese tiempo podemos encontrar tres delimitaciones de la ciudad. Sobre el trazo inicial la ciudad marcó sus límites con la creación de cuatro templos, dedicados a San Juan, Santa Lucía, San Cristóbal y Santiago. Allí se establecieron sus respectivos barrios de indios, supuestas castas, sirvientes y artesanos, rodeados de una densa red de pueblos indígenas. Al crecer la ciudad los barrios fueron rebasados, por lo que una segunda delimitación se hizo a través de la construcción de arcos, que no mantenían una finalidad defensiva sino simbólica, marcando los límites del espacio "urbano" a la población maya. Catorce de ellos fueron construidos a fines del siglo XVII

Calle 60 x 63, esquina de "El gallito", frente a la Plaza central de Mérida, ca. 1870. Archivo Ramírez Aznar.



y principios del XVIII. Por último, la tercera delimitación de la ciudad corresponde a la traza borbónica de fines del siglo XVIII. Respondió a la urbanización promovida por las reformas borbónicas de fines de la colonia española, que dividió a Mérida en cuatro grandes cuarteles ocupados por españoles y criollos, donde la lotificación original de cuatro lotes por manzana ("lotes castellanos") había sido modificada por las subdivisiones familiares, dando paso a una ciudad más densa. Se alejaron aún más los barrios de población indígena, mestiza y de castas mandando a la periferia a los habitantes de Santa Ana, Mejorada, San Cristóbal, San Sebastián y Santiago. Ese tercer trazo virreinal, de los borbones, fue acompañado de una modernización del equipamiento urbano y la infraestructura de la ciudad, y es el que dio forma al actual centro histórico de Mérida. Este orden central se mantuvo casi intacto durante la mayor parte del siglo XIX, según consta con claridad en un plano de 1864-65 mandado a elaborar por el entonces comisario imperial Salazar Ilarregui, donde se marcan los límites y forma del centro histórico.

Para la delimitación del centro histórico actual se toma como base, en principio, la última traza virreinal que queda expresada en el mapa encargado por Salazar Ilarregui. Aunque algunos estudiosos han identificado

a la Mérida colonial y virreinal como una ciudad dual, excluyente, dividida entre españoles blancos e indios mayas, esta simplificación esconde una sociedad urbana mucho más compleja.⁵ En efecto, la exclusión de la población indígena del centro urbano de Mérida fue una tendencia que se mantuvo vigente durante los tres siglos de la colonia pero sólo para las viviendas y no para la circulación de gente. Se procuraba que la población indígena se asentara más en los pueblos circundantes que en los barrios de la propia ciudad. Estos se llenaban de mestizos, pardos, mulatos y negros, aunque claro, con el paso de los años, muchos indígenas también se asentaron en los barrios de la periferia y todos se mezclaban en la circulación diaria de la ciudad. El dominio se reafirmaba en la interacción cotidiana, no en la exclusión.

La composición multiétnica de la ciudad quedó clara al dividirse en barrios por oficios y etnias. Los indígenas dentro de la ciudad además de ser artesanos se dedicaban a los servicios personales de españoles, criollos y mestizos. Por ello, no es extraño que a fines de la colonia, cuando se terminaba la traza virreinal del actual centro histórico, incluyendo de manera muy importante la composición étnica y especialización económica de sus barrios, la población indígena de Mérida fuera del 60%. En el resto de la península los mayas eran del 80



al 90% de toda la población. Pero la exclusión de la ciudad maya original quedó marcada con claridad en las características del actual centro histórico, que eliminó y escondió con bastante precisión su pasado indígena⁶. La Mérida colonial se modernizó durante el porfiriato⁷, cuando mucha de ella fue derribada para construir la que hoy conocemos, su centralidad política se mantuvo pero la ciudad moderna se desarrolló hacia el norte y el oriente. Hoy en día aquellos nuevos desarrollos ya son áreas o edificios históricos, como el Paseo de Montejo, la avenida Colón, el antiguo pueblo de Itzimná, la colonia García Ginerés etc.

LA PERMANENCIA DE UN ANTIGUO RÉGIMEN

Cuando sus fundadores asentaron en el primer libro de Cabildo de la ciudad las razones de la fundación de Mérida y decían que "...ha de ser esta la principal ciudad de todas...", refiriéndose a la península de Yucatán, no podían suponer que cinco siglos después lo seguiría siendo. Y no sólo eso, que seguiría cambiando con excepcional lentitud. La colonia se demoró en Mérida, como en todo Yucatán, medio siglo más de lo esperado. Al igual que instituciones arcaicas como la Encomienda de indios, la obligatoriedad de los servicios personales o las alcabalas, que tardaron en desaparecer muchos

años más que en el resto de la Nueva España o del México independiente, Mérida mantenía aún su estilo de ciudad antigua, casi colonial, aún en la segunda mitad del siglo XIX.

Esa fue la impresión que le dio a la mirada aguda de la Emperatriz Carlota —y si alguien sabía lo que era un 'ancien regime', a sus apenas 25 años, era ella—, cuando la visitó en un fresco noviembre de 1865, a quien la ciudad, arreglada para recibirla, le dio muy buena impresión. Le escribió a Maximiliano: ... *Llegada a la casa donde me alojaron, tuve enfrente la incomparable vista de la plaza con sus brillantes edificios y rodeada de arcadas. Atrás se ven grandes palmeras y en medio, cruzado por blancas veredas, un delicioso jardín cuyos pastos verdes están divididos del resto por elegantes rejas de hierro, o sea una plaza de estilo moro como en el sur de Europa...la ciudad es encantadora, con sus calles y sus buenos mercados, todo bien cuidado...a ambos lados de la calle principal, que es muy larga, las veredas laterales terminan en jardines de palmeras y plataneros; o sea que la vegetación corona siempre el panorama....* Pero no escapó a su sensibilidad que la ciudad y sus rituales sociales diferían de lo que había visto en el centro de México, pues añadió ...*Todo se asemeja mucho más a la vieja España que a sus colonias; en una palabra no es para nada americano sino más bien medieval...*⁸

La exportación de fibra de henequén, multiplicada año tras año a partir de 1879, generó ingresos a la Hacienda Pública que le permitieron empezar a modernizar la ciudad. Aun así, esta primera modernidad porfiriana era dudosa. En 1890, un joven viajero francés de paso por Mérida, la describía de la siguiente manera con el ácido humor propio de los gascones... *a pesar de las bandas de música militar, un teatro y un circo, la ciudad no es del entero agrado de los extranjeros, que la encuentran poco sana y muy sucia. Muy a menudo lo comfortable y lo desaseado van de la mano, contradicción muy común en ciertas ciudades de América, que deseosas de desarrollarse rápidamente, no poseen más que las recientes ventajas de la ciencia aplicada a la civilización. Un perro muerto, por ejemplo, se quedará un día entero al lado de los rieles de un tranvía. Una noche vi, a la luz de un farol eléctrico último modelo, un coche de alquiler que estaba hundido en el lodo hasta el eje de la rueda, abandonado en medio de la calle... Y añadía,...* Hay que decir que resulta bastante difícil mantener la ciudad siempre limpia, pues no existe sistema de alcantarillado. Sería, además, imposible encontrar un vertedero para las alcantarillas. Sin embargo, se tenía la intención de conducir las hasta los ríos subterráneos que surcan el subsuelo de la península yucateca, pero se debió renunciar a este proyecto por el doble inconveniente de costar demasiado y envenenar, a su vez, todos

los cenotes. *Afortunadamente, hay muchos zopilotes.*⁹ Después de 120 años de estas líneas Mérida no cuenta con ya con modernos tranvías ni faroles y, desgraciadamente, tampoco con zopilotes, pero la ciudad sigue sin alcantarillado y sin solucionar el problema del drenaje.

El dinero del henequén siguió llegando y Mérida desarrollaba su equipamiento urbano con rapidez. Las mejoras que experimentó la ciudad en la última década del siglo XIX y la primera del Siglo XX fueron extraordinarias para una ciudad tan lejana del Valle de México, centro neurálgico del país, que acumulaba y redistribuía dinero y modernidad. Durante medio siglo, a partir de 1875, el desarrollo de la red ferroviaria de toda la península tuvo a Mérida como lugar y destino central para llegar, tomar, cargar, descargar y redistribuir. El traslado de las aduanas al cercano puerto de Progreso, la adquisición de la categoría legal de Puerto de Altura en el Golfo de México, y el incesante movimiento de carga y pasajeros entre Mérida y Progreso, aumentó la importancia y centralidad de la ciudad. La exportación de henequén, que ingresó al estado más de 900 millones de pesos-oro entre 1880 y 1916, generó un mercado urbano que demandó y obtuvo nueva infraestructura. Se construyeron zoológicos, parques, escuelas, calles, avenidas, sistemas de alumbrado, banquetas, hospitales



y edificios públicos. También nuevos espacios, propios del confinamiento y el autoritarismo porfiriano, como cárceles y asilos. En 1910 Mérida estaba transformada.

De esta transformación dieron cuenta varios testimonios de la época. En uno de ellos, además de ilustrar gráficamente las transformaciones experimentadas por todo el estado de Yucatán, se subrayan las características de una Mérida asomada a la modernidad del siglo XX. El autor, admirado, da cuenta de cómo cambió la ciudad en pocos años: *"...merced a las mejoras materiales que en tan poco tiempo la han transformado hasta el punto de convertir una de las ciudades más incómodas y peor acondicionadas de la República, en un centro donde todo respira aseo, comodidad, bienestar, la alegría de la vida y cierta suntuosidad que llama la atención del viajero."* Y continúa dando cuenta de los cambios: *... cuando se hizo el último censo oficial, 28 de octubre de 1900, contaba Mérida con 11,764 casas habitadas por 11,197 familias. Este dato parece de escasa importancia, pero la tiene grande en realidad, pues viene a demostrar la holgura con que viven no sólo las clases pudientes, sino también las trabajadoras, sin que se encuentre en Mérida ese hacinamiento de seres humanos en habitaciones estrechas, sin luz ni ventilación, como se ven aún en algunas poblaciones de la tierra caliente de nuestro mismo país.*¹⁰ Claro

que no contamos con testimonios de las propias clases trabajadoras, para conocer su opinión en torno a la supuesta holgura en que vivían. Pese a ello es indudable que la ciudad había cambiado, y que en términos urbanos esto era favorable.

Aunque elitista, lo que no era imaginado en Mérida fue el acceso a infraestructura y manifestaciones de la modernidad. Por ejemplo *"...La pasión por los automóviles constituye hoy una especie de fiebre en la capital yucateca, que es la primera de la República, mejor dicho la única que ha establecido un servicio público de esos vehículos, en competencia con los coches de sitio..."* (Zayas Enriquez, 1908: 322). Lo que no era poca cosa, pues aunque el automóvil se inventó en 1886, en 1908 apenas salía el primer modelo "T" de las fábricas en línea de la Ford. La afición por los automóviles se mantuvo, pues un siglo después, en el año 2013, Mérida era la tercera ciudad de la república en cuanto a número de vehículos en relación a la población total, ya que contaba con un coche por cada tres habitantes.

La bonanza y el crecimiento de la infraestructura urbana se vieron interrumpidos momentáneamente por la caída del régimen porfiriano y la llegada de la Revolución a Yucatán, pero el henequén seguía exportándose y la ciudad creciendo. Fue con la

quiebra de la Bolsa de 1929 y la gran depresión mundial que la acompañó, que los años dorados del henequén llegaron a su fin. Y con ello llegó también el fin de esta primera modernidad meridana. Mérida se sumergió en un letargo de medio siglo, su infraestructura se hizo obsoleta, perdió población, se dejó de invertir en las proporciones que se había hecho años antes, empresarios, profesionistas y trabajadores, en especial jóvenes, buscaron fuera de la ciudad nuevas oportunidades.

Se quedó el que pudo y el que quiso. Es decir el que tenía un empleo o una forma de vida o el que ya no estaba en edad o emocionalmente preparado para vivir fuera de una ciudad que, aún en su pobreza, le ofrecía una forma de vida gratificante y llena de significados cotidianos, de amigos, de parientes, de afectos y de rincones urbanos apreciados. Antes de esa decadencia la cultura de la península y en especial de Mérida ya se parecía a la de una isla, es decir aislada y encapsulada en sí misma, "...tenía mucho de nacionalismo —un nacionalismo siempre en guardia contra toda intromisión— el vivir y el convivir yucatanenses, mucho de tribalismo y de clan que todo lo engullía y lo transformaba y transmutaba y hacía desaparecer en procesos de hibridación cultural —como desaparece una gota de tinta en el océano—, procesos que habían contribuido a crear esa

cultura *sui generis* y peculiar: más que mestiza, híbrida" (Amaro Gamboa, 1972: 93).

Mérida, aún con el cosmopolitismo que pudo haber desarrollado durante el auge del henequén, cuando con 50,000 habitantes en 1910 llegaron a vivir en ella hasta 4,000 extranjeros, no perdió su característico aislamiento cultural que, por supuesto, se vio acentuado cuando experimentó tan prolongada decadencia. Pero los meridianos que se quedaban solían hacerlo a gusto, y muchos de los que se fueron por necesidad mantuvieron la nostalgia y la esperanza del retorno. Bienestar imaginario, nostalgia o autoengaño colectivo, el hecho es que la cultura de la ciudad se construyó sobre sí misma y se consumió a sí misma. Esto también significó ser impermeables y un retraso respecto a los cambios en las corrientes de pensamiento del exterior. En esa época del meridano "...se diría que ante gente extraña se viera a sí mismo desde adentro y frente a sí mismo se contemplase desde fuera y que en ambos casos viviese contento, intensamente satisfecho de ser quien era y como era. Como consecuencia era muy fácil que se despeñara en el rezago cultural, en la recesión de todas o muchas manifestaciones de su propia cultura..." (Amaro Gamboa, 1972: 95).

Un retrato de los saldos urbanos de esa época lo tenemos de nuevo en



el testimonio de otra viajera, también aguda observadora de gentes y escenarios sociales. Esto decía respecto a Mérida Simone de Beauvoir en una carta dirigida a Jean Paul Sartre, escrita en el hotel *Colón* de la propia ciudad y fechada el 27 de mayo de 1948,...y de pronto las brumas del Yucatán y sumida entre más brumas, una ciudad solitaria bajo el sol: Mérida... no esperaba gran cosa de Mérida, quizás por eso estoy tan deslumbrada. Una auténtica ciudad mexicana a la que América no ha llegado: ni un solo drugstore, ni siquiera para turistas...La plaza central es una de esas plazas españolas con arcos que tanto nos gustan, hay una iglesia bella y vetusta, con árboles y frondosos arbustos en el centro, preciosos bancos de piedra, un montón de hombres ociosos que dejan pasar las horas y bullicio de vendedores...el medio de transporte son unos viejos coches de punta, parecidos a los antiguos 'cabs' ingleses, arrastrados por caballitos, que por las noches se iluminan con linternas...hay algunos barrios bellísimos de mansiones españolas con jardines cenagosos como aquel que nos gustaba tanto en Menton pero mucho más frondosos, llenos de bananeros con sus ristras de plátanos, grandes flores rojas y violetas y fragancias de pimentón, pimienta y especias.¹¹ La mirada de de Beauvoir captó con claridad el ambiente lento y decadente que envolvía la ciudad, con pocos cambios y escasas oportunidades para invertir o trabajar. Consumiéndose

en sí misma la ciudad expulsaba población y se envolvía en su propio pasado.

En 1948 Mérida enfrentaba la quiebra económica, a la que le había dado un respiro el auge de la exportación cordelera, provocado por el aumento en el precio y la demanda del cordel de henequén durante la Segunda Guerra Mundial. Pasada la guerra el tobogán económico y social continuó y no se detuvo hasta la década de 1970, en que el Estado mexicano se hizo omnipresente y todopoderoso en el sureste del país, multiplicando la extracción de petróleo en la sonda de Campeche y desarrollando el gran proyecto de una cuenca turística en Cancún y la Riviera Maya. Vientos de cambio envueltos en infraestructura regional, nuevas carreteras y aeropuertos empezaron a soplar en toda la península de Yucatán y Mérida pudo mantener su papel de ciudad central y capital regional de la península.

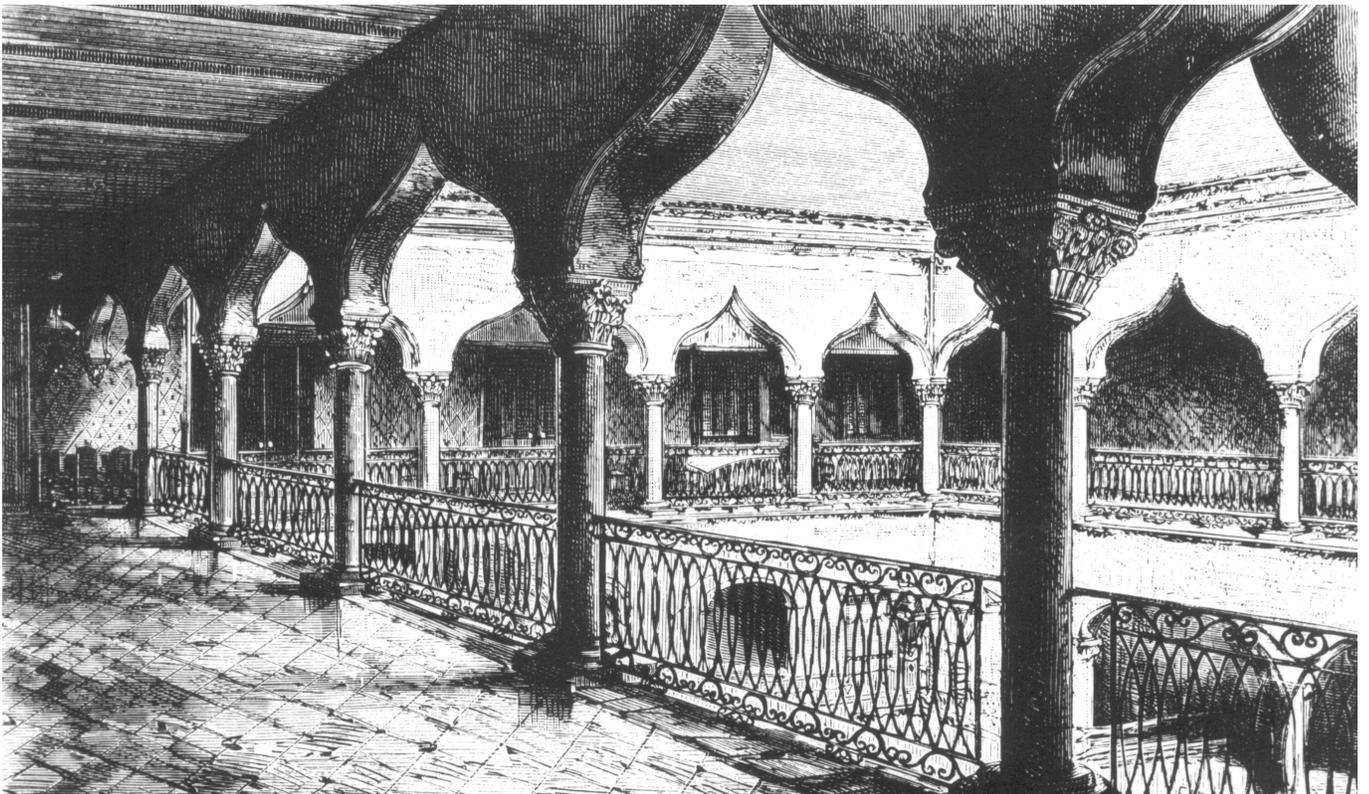
Si bien Yucatán no pudo participar de manera importante en los nuevos proyectos económicos del Estado mexicano, Mérida se empezó a ver beneficiada de la derrama económica en toda la península, además de enviar contingentes de trabajadores, pequeños y medianos empresarios a incursionar a los otros dos estados. Pese a ello, la ciudad mantuvo gran parte de su estilo y cultura local, producto de un aislamiento no sólo

geográfico sino también económico y social del resto del país. No olvidemos que Mérida no vivió el largo período de auge económico que pudo observarse en otras ciudades de México entre la segunda postguerra y 1970. Ningún meridano pudo observar en sus calles el "milagro mexicano", pues las altas tasas de crecimiento económico que acompañaron al país y la mejora de sus ciudades capitales fueron desconocidas en Yucatán. Por el contrario lo común fue una permanente emigración de sus jóvenes y de sus élites económicas y culturales hacia otras partes del país, y la población que se quedaba acentuaba la cultura local y los usos y costumbres de una sociedad en la que el tiempo,

si bien no se había detenido, parecía pasar más lento que en el resto de un México que se industrializaba de manera acelerada.

Un último viaje por esta sociedad meridana cerrada, antigua, de relaciones intensas, larga memoria y personalidad propia y distintiva, llena de personajes, habla y códigos particulares, lo podemos hacer llevados por la mano de un visitante que, por su origen familiar del puerto de Progreso, tenía las claves para descifrarla y por su sensibilidad la manera de describirla. Juan Villoro visitó Mérida en 1988, cuatro décadas después que lo hizo de Beauvoir y nos ofrece la que quizás sea la última descripción de una Mérida pre global, que había

Interior de la casa de don Álvaro Peón, calle 63 x 60, Mérida. D. Charnay, 1870. Archivo Ramírez Aznar.



empezado a cambiar poco a poco desde 1970 pero que aún podía mostrar las últimas señales de la cultura urbana local que la habían caracterizado durante el siglo XX y que casi ha desaparecido en la segunda década del siglo XXI.

Villoro señala respecto a Mérida: *...las ciudades mexicanas crecen para negar su centro, se desparraman en un sinfín de loncherías y talleres mecánicos hasta llegar a las colmenas de los obreros —un vasto homenaje a los tinacos— y, en el extremo opuesto, a los chalets de los ricos, que lucirían más alpinos sin marcos de aluminio en las ventanas...Mérida tiene dos zonas de esplendor, el Centro, construido en la Colonia, y el Paseo de Montejo, vestigio del auge henequene-*

ro...Mérida tiene camiones de antes, narigones, una honesta protuberancia llena de fierros que sueltan humo. También hay minibuses aplanados, con el motor en alguna entraña, pero en el Centro sólo vi vejestorios...a las diez de la mañana la calle estaba llena de guayaberas, rostros redondos y cuerpos compactos de boxeadores mosca. Ignoro si el reglamento de la policía exige que sus miembros midan metro y medio...Hay algo tranquilizador en una ciudad resguardada por gente chica. Vestidos de color canela, los policías no muestran otro interés que atestiguar el paso de los coches...por lo general los yucatecos prefieren no recibir visitas en sus casas. La gente vive para derrotar el calor y la casa es el único sitio donde puede estar tumbada en una hamaca con

Calle 65 x 56 y 54, "Paseo de Las bonitas" y primer edificio que ocupó la ferretería "El Siglo XIX", demolido posteriormente para construir el edificio que se conoce actualmente, ca. 1890. Archivo Ramírez Aznar.



*el refrigerador a la mano...los cafés no son espacios de la indiscreción sino de las noticias civiles, del habla cortés que evade el enfrentamiento...el expositor se descalifica con elegancia...la polémica es concebida como una esgrima de altura donde ambos contendientes prefieren no tener razón...aquí muchos viven del comercio, pero no venden cosas que ellos produzcan*¹².

El trabajo de Villoro es quizás una de las últimas crónicas integrales, hecha por un viajero, de una Mérida que la mirada externa observaba con pocos cambios, todavía aferrada a la pátina social de viejas costumbres, modismos y tiempos lentos. Aún estaba viva una generación que representaba a la sociedad que sobrevivió a medio siglo de decadencia económica acentuando su identidad local, su idiosincrasia, su habla y el orgullo un tanto ciego por su cultura cotidiana y calidad de vida, a la que tenía en alta estima pese a vivir al día y con estrechez. A partir de 1990 los cambios urbanos se aceleraron y en veinte años Mérida fue transformada de tal manera que cambió de piel.

Fueron muriendo los integrantes más representativos de las viejas generaciones, los albaceas de la memoria histórica de la ciudad, los que vivían a fondo el espacio urbano de cafés, cines, parques y cantinas, los que sabían las historias casa por casa de las calles donde transitaban todos

los días. Se perdieron poco a poco los intelectuales locales, los viejos militantes del Partido Socialista del Sureste, los hacendados nostálgicos, los periodistas enamorados del terruño, los vecinos del barrio y los tipos urbanos "pintorescos". También los trabajadores y artesanos prestigiosos de cada barrio: el sastre, el carpintero, el zapatero, el talabartero. Desaparecieron las tertulias en torno al café y las cervezas, donde los viejos enemigos suavizados por la edad: socialistas, comunistas, priistas, panistas, creyentes y come curas, revivían y seguían discutiendo sus diferencias durante años, interpretando a la Mérida que sin darse cuenta se les fue con el siglo. Todos ellos con sus lealtades y conflictos fueron guardianes del "ethos" y del "pathos" de la ciudad. Muertos u olvidados ya, en esta segunda década del siglo XXI han sido sustituidos no por nuevos tipos sociales, sino por las redes sociales. Se perdió gran parte de la memoria colectiva que guardaba la tradición oral. Desapareció un mundo y apareció la zona metropolitana de Mérida.

El crecimiento urbano que ha experimentado la ciudad los últimos veinte años, desde 1990 hasta la fecha, es consecuencia de un México global integrado cada vez más al mundo exterior, con una intensa modificación de los patrones de consumo y de producción. Las costumbres,



modas, habla y perspectivas de vida tienden a ser cada vez más homogéneas con el resto de México. No sólo los problemas sino también las gentes son cada vez más "nacionales" (de México) y menos del "país" (de Yucatán). Las soluciones también, y en este ir y venir de la gente local entre la percepción de sus problemas y sus nuevas necesidades y su búsqueda de alternativas para solucionarlas, se ha ido configurando una nueva identidad urbana, de manera particularmente rápida entre niños y jóvenes. Una identidad que hace que la vida cotidiana en Mérida sea ya muy similar a la de otras ciudades de México. Hasta 1990 la ciudad incorporó con lentitud los cambios que se fueron dando en la región, incluso en su equipamiento urbano, pero a partir de esa fecha todo empezó a cambiar con celeridad.

La vieja cultura urbana se encuentra ya en proceso de extinción después de veinte años. A partir de 1990 la situación económica y social de Mérida, como la de todo el país, cambió de manera extrema y con rapidez y dio origen no sólo a una nueva forma de expresión espacial de la ciudad, sino también a una nueva sociedad y cultura: la metropolitana. Mérida creció y se transformó en metrópoli, y con ello dio paso a la aparición de actores y grupos sociales que ahora construyen nuevas formas de

ser, apropiarse y consumir la ciudad. También hay problemas nuevos, de mayor envergadura y difícil solución, que van llevando a la ciudad a situaciones límite en los aspectos sociales y ecológicos.

Dos procesos explican la transformación de Mérida en zona metropolitana entre 1990 y el 2014. El primero ha sido la disponibilidad de una extensa reserva territorial no sólo dentro del espacio municipal de la propia ciudad sino también de sus municipios adyacentes. Tan sólo dentro de los límites de Mérida más de 9,000 has fueron apropiadas por el Estado entre 1984 y 1988, quién las utilizó como capital político y económico; ya sea para pagar lealtades y favores políticos, botín por ocupar cargos públicos, mecanismos de cooptación de grupos sociales o venta directa para obtener recursos económicos. Esto provocó el inicio de la privatización desordenada y salvaje de la reserva territorial, y un proceso de especulación desmedido que hizo que la ciudad pasara de poco más de 8,000 has en 1980 a casi 25,000 en el 2014, expandiéndose a un ritmo que ha llevado a la conurbación de sus municipios colindantes hasta integrar un solo espacio metropolitano.

El segundo proceso está ligado de manera directa al reforzamiento de la centralidad comercial y de servicios de la zona metropolitana de Mérida

en el contexto de la península de Yucatán, a partir del Tratado de Libre Comercio. Esta centralidad se debe a las viejas ventajas competitivas que ya ofrecía Mérida antes de 1990, en cuanto a su mayor disponibilidad de infraestructura material y humana en el comercio y los servicios, lo que ha permitido que en estos años gran parte de la demanda peninsular siga fluyendo hacia la ciudad, reforzando y modernizando estos rubros. Si bien ni Yucatán ni Campeche han crecido económicamente en estas dos décadas de apertura comercial, y considerados en conjunto no son una región ganadora por la apertura de México a los mercados mundiales, parte de sus actividades económicas siguen incluyendo a Mérida y a la totalidad de su espacio metropolitano, lo que ayuda a la vida económica de la ciudad.

Caso aparte es Quintana Roo, quién pese a verse visto afectado por crisis cíclicas, ciclones y bajas de turismo, en las dos décadas consideradas ha podido mantener una alta tasa de crecimiento económico, lo que también ha beneficiado de manera directa e indirecta a la Zona Metropolitana de Mérida (ZMM), no sólo aumentando la demanda de sus servicios y comercio, recibiendo por tanto una mayor derrama económica, sino también por configurar un espacio para expandir las actividades de empresarios meridianos, y de manera muy

importante, como un mercado de trabajo para trabajadores no calificados, técnicos y profesionistas meridianos.

Después de veinte años el saldo de estos dos procesos ha sido la expansión territorial y el mantenimiento de la centralidad peninsular de Mérida, transformándola en la zona metropolitana que actualmente conocemos. Es importante recalcar la importancia de estos procesos, ya que la metropolización no se ha debido a un agudo crecimiento demográfico, ni tampoco al desarrollo de nuevas actividades económicas que generen un mayor valor de producción en la ciudad o el estado, que se han mantenido con un bajo perfil económico y una magra participación en el PIB nacional. En efecto, la población de la ciudad en el 2013 apenas sobrepasaba los 900,000 habitantes y la ZMM en su conjunto el millón, y en las últimas dos décadas Mérida nunca se ha incluido entre las zonas metropolitanas más competitivas de México.

LA POBREZA MULTIDIMENSIONAL EN MÉRIDA

En el 2010, fecha del último dato directo sin proyecciones, la población en situación de pobreza en Mérida fue el 29.4% del total, muy inferior a los promedios estatales y nacionales, que fueron el 47.9% y el 46.2%. Es decir, la pobreza en



Mérida se redujo más de una tercera parte en relación al interior del estado y mantuvo aproximadamente ese mismo porcentaje de reducción con los promedios nacionales. De la población en situación de pobreza la mayor parte, el 26.1% se ubicaba en pobreza moderada y sólo el 3.3% presentaba pobreza extrema, cifras muy superiores a las del promedio estatal que alcanzaba casi un 10% de pobreza extrema en 2010. En pocas palabras y redondeando las cifras, después de algunos años de auge y muchos de crisis, 50 de cada 100 yucatecos eran pobres y 10 de ellos estaban en pobreza extrema. Por otra parte, 30 de cada 100 meridianos eran pobres y 3 de ellos estaban en pobreza extrema en el año 2010. Aquí cabe observar que la mayor concentración del empleo formal en la ZMM combinado con una mejor infraestructura urbana y un mayor apoyo en la solución de las necesidades de vivienda, educación y salud marcan estas grandes diferencias entre la metrópoli y el resto del territorio.

Sin embargo es muy interesante observar como la población vulnerable por carencias sociales era superior en Mérida que el promedio estatal. En Mérida fue el 28.5% y en el estado el 26.0%; el número de carencias promedio fue parecido, 1.7 en Mérida y 1.9 en el estado. ¿Esto qué significa? Que si bien tenemos una ciudad con menos pobres, la

vulnerabilidad de los que ya no lo son sigue siendo alta, y las mayores carencias de la ciudad corresponden a la población que no tiene seguridad social, que es el 41.4% de los meridianos, ni acceso a servicios de salud, que son el 20.8%. Por supuesto que en conjunto las carencias sociales del interior del estado son mucho más grandes que en Mérida. Por otra parte la población vulnerable por ingresos significó el 9.3%, curiosamente superior al promedio estatal que fue de 6.9 para ese año. ¿Qué hogares pueden dejar de percibir ingresos en el área con mayor empleo formal del estado pero tienen acceso a servicios básicos? Los de la tercera edad, los unipersonales, los de jefatura única y por supuesto los que han perdido el empleo más no los servicios. No olvidemos que Mérida tiene la población más envejecida de la región y que su población mayor de 65 años es superior al 6% y si bajamos el rango a la mayor de 60 casi llega al 10%.

Por otra parte la población no pobre y no vulnerable de Mérida fue el 32.8%, muy superior al promedio estatal de 19.2%. De nuevo la tentación de considerarla una clase media urbana es muy alta, y para entrar a esa discusión tendríamos que conocer mejor otro tipo de dimensiones, pero en muchos sentidos se comporta como tal, en especial en relación a los consumos. Se trata de casi 300 mil personas que son las

que mantienen en gran medida los consumos de las plazas comerciales, compran los vehículos automotores y expanden la demanda de educación privada a todos los niveles. En el caso de Mérida esta población está representada por pequeños empresarios formales e informales, empleados del sector de servicios y comercio, burócratas y ejecutivos. Sin embargo no hay que desdeñar el consumo de la otra tercera parte de la población que aunque continúa siendo vulnerable ya no es pobre por ingresos, tiene poder de compra y representa un importante mercado de consumo de bienes no duraderos en la ciudad.

El desarrollo de una zona metropolitana en Yucatán no ha implicado la disminución de la pobreza en los municipios conurbados a su capital. En efecto, ninguno de los cinco municipios que se han integrado por continuidad o contigüidad a la conurbación del municipio de Mérida se ha visto contagiado por su tendencia a disminuir la pobreza. La tendencia es contraria: la pobreza ha aumentado. Es decir contra los argumentos tradicionales de que la pobreza tiende a disminuir conforme mayor es la cercanía y contigüidad a los centros urbanos, y que los municipios en mejores condiciones mejoran poco a poco las condiciones de pobreza de los municipios vecinos, generando un desarrollo por irradiación, en la ZMM vemos que la

pobreza se ha mantenido por arriba del promedio estatal, y que de hecho la metropolización de Mérida se ha realizado transformando las viejas comunidades campesinas mayas de los municipios circundantes en suburbios donde se atrae, arrincona y almacena a los pobres de otras partes del estado.

LA POBLACIÓN MAYA EN MÉRIDA

Entre el 2000 y el 2010 los municipios de la zona metropolitana de Mérida mostraron una disminución de hablantes de maya aún más aguda que la experimentada una década antes. Mérida tenía un 9.8% de hablantes de maya, un 4.8% menos que en el 2000. Kanasín y Umán ya no tenían un porcentaje similar al promedio estatal sino que se habían desplomado al 19.7% el primero y al 23.5% el segundo. En el caso de Mérida, la pérdida del maya se revelaba como grave y no era atribuible sólo a la muerte de los ancianos mayas ciudadanos, sino que también se percibía como resultado de un proceso emigratorio de la propia ciudad, en especial de los jóvenes habitantes de las comisarías y pueblos ubicados en su territorio municipal, que eran los que en especial conservaban el uso de la lengua. En el 2010 la ciudad tenía ya 760 mil habitantes mayores de 5 años pero sus maya hablantes ya sólo eran 75 mil. Observamos pues una disminución



tanto porcentual como en números totales, atribuible en gran medida al estancamiento económico y la falta general de oportunidades de empleo para los jóvenes de la ciudad.

Pero aparte de la lengua hablada, también hay que considerar la identidad. En 2010, al preguntársele a los meridianos si se consideraban o no mayas, la autoadscripción aumentó considerablemente el número de la población indígena en Mérida y en los municipios de su zona metropolitana. Así, Mérida aumentó de un 9.8% de hablantes de maya a un 42.7% de mayas autoadsritos. Los demás municipios aumentaron también más del doble, en un porcentaje ligeramente superior al promedio estatal, pero las grandes sorpresas fueron Mérida y Progreso donde se cuadruplicó el número de mayas al preguntarles por su identidad. Kanasín también tuvo un aumento muy significativo y superó a Umán en cuanto a número de mayas con un 57.4%, pese a que en Umán más gente declaró hablar la lengua ese año, señal también de una población más joven en Kanasín que, pese a no hablar la lengua se sigue considerando maya. Si tomamos en conjunto la ZMM resalta en el área metropolitana la fortaleza y permanencia de la identidad maya en la mitad de la población. Situación que las políticas públicas de impacto cultural y educativo deben tomar en cuenta con la mayor seriedad.

POR ÚLTIMO

Las profundas transformaciones culturales experimentadas por una metrópoli que se moderniza y cambia a pasos acelerados, no han ido acompañadas de un proceso de desarrollo social que esté al mismo ritmo. Por supuesto que en el largo plazo pueden notarse cambios y mejoría económica para sus pobladores, y destaca el alcance y extensión de la infraestructura urbana, mejor que la de muchas ciudades del sureste. Pero las necesidades aumentan junto con la población. En medio siglo los pobres han disminuido, pero sólo en porcentaje, no en números absolutos. Ahora una tercera parte de la población es pobre, pero otra tercera parte sin serlo es altamente vulnerable, sin seguridad social y susceptible de caer de nuevo en la pobreza con rapidez. Sólo una tercera parte de los meridianos pueden ubicarse, llamarse o autoadscribirse de alguna forma a la clase media.

Cierto que existe una mayor conciencia y visión del mundo exterior, sin embargo el bono demográfico de una sociedad más joven no sólo no ha significado una participación de la mayor parte de los meridianos en el desarrollo, sino que hace más difícil y riesgoso el futuro para todas las familias de Mérida que ven con preocupación la llegada del presente laboral para sus hijos. Tenemos una

mejor infraestructura urbana pero la ciudad presenta un crecimiento económico endeble y además un desarrollo social que avanza, sí, es innegable, pero con gran lentitud. Ciertamente que el hambre ya no es la principal preocupación de la mayoría de los habitantes de Mérida, pero los pobres sumados a los grupos vulnerables siguen siendo las dos terceras partes. Con una perspectiva de bajos salarios y escasas oportunidades de empleo, el futuro no ha dejado de presentarse como una incógnita para los meridianos. A diferencia del autor citado, que en 1908 engeguado por la visión de progreso de Mérida planteaba que el porvenir era ya una esperanza, los actuales meridianos,

después de un siglo, aún tenemos que construir nuestro porvenir y nuestra esperanza. Transformar la esperanza en realidad es una tarea que recae sobre nuestros hombros, los de todos, tarea que no debemos ni tenemos por qué encargarle a nadie más. 

NOTAS

- 1 A la manera en que lo concibe Roland Barthes en sus "Mitológicas", S. XXI, España, 1979.
- 2 Borges, Jorge Luis, "Fervor de Buenos Aires", Brujuna, España, 1978.
- 3 Ver de Ramírez Aznar, Luis Alfonso, "Mérida... y ha de ser esta la principal ciudad de todas", eds. Ayuntamiento de Mérida, 1977.
- 4 Respecto a la antigüedad y mantenimiento de la lengua maya en Yucatán ver a Barrera Vázquez, Alfredo "Introducción", en: *Diccionario Maya Cordemex*. Mérida, Yucatán, 1980. De su regionalización

Colonia Itzimmá, vista desde el parque, ca. 1890. Archivo Ramírez Aznar.



incluyendo el maya que se habla en Mérida a Ruz, Mario (ed.) *"Los mayas peninsulares"*, UNAM, 2002 y sobre su permanencia a Güémez, Miguel *"La lengua maya en el contexto sociolingüístico de la Península de Yucatán"* ed. The consortium in Latin American Studies at the University of North Carolina at Chappell Hill and Duke University, paper No. 37, 2004.

- 5 Este concepto de ciudad dual, que responde a una sobre simplificación de la idea de una ciudad clasista dividida entre buenos y malos, ricos y pobres, blancos e indios, está presente, por ejemplo en el cap. 1 *"Mérida, génesis y estructura"*, elaborado por el Arq. Aercel Espadas, *"Plan Parcial del Centro Histórico de Mérida"*, Medina Casares, Fernando (Coord.) SEDESOL/UADY, Mérida, junio de 1993.
- 6 La investigación desarrollada para fines de la colonia muestra la gran diversidad étnica y la disminución demográfica de la población maya hablante en Mérida, que se concebía como un espacio no indígena. Ver de Contreras, Alicia *"La formación histórica de los barrios de Mérida"* en: Luis Alfonso Ramírez (Coord.) *Perder el paraíso. Globalización y espacio urbano en Yucatán*, Porrúa, México, 2006.
- 7 Ver *"Album conmemorativo de la visita del presidente Porfirio Díaz a Mérida"* eds. Del Gobierno de Yucatán, Mérida, 1906.
- 8 Carlota, de Bélgica, *Viaje a Yucatán*, México, Conaculta, 2011: 36-37.
- 9 Ludovic Chambon, *Un Gascón en México*, México, Conaculta, 1994: 33.
- 10 Rafael de Zayas Enríquez, *El estado de Yucatán. Su pasado, su presente, su porvenir*, J.J. Little & Ives Co., New York, 1980: 315-318.
- 11 Simone de Beauvoir, *Cartas a Sartre*, Barcelona, Lumen, 1997: 709-710.
- 12 Juan Villoro, *Palmeras de la brisa rápida*, México, Almadía, 2009, pp. 38, 53, 188, 189 y 200.

BIBLIOGRAFÍA

- Amaro Gamboa, Jesús. 1972. *Yucatán, sueño sin fin: crónica de una utopía*, México, ed. América.
- Beauvoir, Simone de. 1997. *Cartas a Sartre*, España, Lumen.
- Villoro, Juan. 2009. *Palmeras de la brisa rápida*, México, Almadía.
- Zayas Enríquez, Rafael de. 1908. *El estado de Yucatán. Su pasado, su presente, su porvenir*, Nueva York, J.J. Little & Ives Co.



Arco "Del Puente", calle 50 x 61, ca. 1945.
Archivo Ramírez Aznar.